

PRELUDIO DE JESÚS RUIZ MANTILLA

Cuando las palabras suenan

Madrid. Sala Arte & Desmayo. Adaptación teatral e interpretación de Daniel Ortiz.

TODO empezó con una reseña. Allí, entre las páginas de un periódico, el actor Daniel Ortiz recibió el primer aguijonazo. “El furioso monólogo de un pianista obsesionado con Chopin y el preludio de su propia muerte”, decía la nota a propósito de la segunda novela del periodista y escritor Jesús Ruiz Mantilla. Al día siguiente, Ortiz se hizo con un ejemplar de *Preludio* (2004). Leyó el libro de un tirón y, al llegar la última página, sintió la necesidad artística y vital de adaptar, producir y llevar a escena la angustia existencial de su protagonista, León de Vega, pianista genial y atormentado, ‘ambidiestro y ambisiniestro’, tan malogrado en sus aspiraciones por llevar una vida normal como decidido a sobrepasar los límites del instrumento.

Los *Preludios* de Chopin no sólo articulan la narración en 24 capítulos —desde el Agitado que presenta al personaje atrapado en la soledad de su estudio hasta el conclusivo y demoledor Allegro appassionato— sino que además marcan el ritmo interior del monólogo y lo impregnan del salitre que rodeó al compositor durante su estancia en Mallorca. Fue en la Cartuja de Valldemosa donde Chopin compuso buena parte de su *Op. 45*, un surtido de piezas abrumadoramente breves, imbuidas de una extraña melancolía, a veces dolorosa y otras gozosamente eufórica, pero siempre arrebatada y sublime. El espacio en el que se mueve el actor está vacío. El piano es un

artefacto imaginario al que dan forma las interpretaciones de Tracy Xian y Alfred Cortot. Pero la música no habita en ellas, sino en las palabras del intérprete, que logra interiorizar los padecimientos de un artista obsesionado con la perfección y nos asoma al abismo de un hombre marcado por un recuerdo de infancia.

La versión teatral de la novela (que acaba de reeditar Galaxia Gutenberg) dura 85 minutos, que es el tiempo que tardó Ruiz Mantilla en contestar al primer mensaje del actor. En él le pedía dos cosas: permiso para resucitar a León de Vega sobre las tablas y disculpas por haberse tomado la libertad de adaptar la historia sin su consentimiento. “Si hubiera leído la novela cuando se publicó hace quince años no habría estado preparado para afrontar este reto”, confesaba Daniel Ortiz tras el estreno. “Pero un guiño del destino quiso que *Preludio* llegara a mi vida cuando acababa de cumplir 43 años, la



misma edad que el personaje”, añadía. El resultado es una obra tan sencilla en apariencia como fabulosamente profunda, un ambicioso experimento dramático que nos reconcilia con las excentricidades del intérprete y nos acerca a la más sombría y sobrecogedora soledad del piano.

BENJAMIN G. ROSADO

TEMPORADA DE LA OSRTVE

Adiós a San Lorenzo

San Lorenzo del Escorial. Teatro Auditorio. 30-XI-2018. Daniel Müller-Schott, violonchelo. Director: Erik Nielsen. Obras de Lalo y Dukas.

EDOUARD Lalo fue uno de los renovadores de la música sinfónica francesa de finales del siglo XIX, junto a Franck y Saint-Saëns, las cabezas más visibles del selecto grupo. Sus obras se caracterizan por la línea clara de la arquitectura y el baño de luz de sus tonalidades. Su wagnerismo, casi obligado en tiempos, fue sólo una escarlatina, pues su transparencia y tersura le hicieron inmune a la bruma y a las permanentes transiciones del coloso alemán. Hombre autoexigente, de gran cultura literaria, era tan musical que hasta su apellido parece el arranque de una canción tarareada. El *Concierto para violonchelo* contó con la buena sintonía entre Erik Nielsen, director vigoroso, de técnica solvente y gesto muy abarcador, y una orquesta que respondió entusiasmada y sin rutinas, dejando gratos

detalles como los *pizzicati* —llovizna minuciosa— con que poblaron el final del Andantino. También con un Müller-Schott muy aéreo, dotado para el canto lírico del violonchelo y de notable variedad cromática, quien puntuó algo más en expresividad que en virtuosismo puro.

Si Lalo fue el prototipo de hombre culto, Dukas lo fue del hombre bueno, aunque lejos de procurarle ello ningún bienestar, al final era un alma atormentada. En su legado, corto en páginas, pero rico en obras maestras, como en Lalo —aún más que en Lalo—, pasma la perfección de la arquitectura interna de las piezas, con sus misteriosos escalonamientos. Dukas compuso una de las pocas óperas francesas posteriores a *Pelléas* auténticamente grande, *Ariadna y Barbazul*; la tentación

impresionista, intermitente, no está ahí en su andadura melódica, sino más bien en algunas armonías y en la delicadeza general. Menos aún se manifiesta en su única sinfonía superviviente a su enorme autocritica, una obra de trazado rectilíneo y a menudo explosiva, con algunos temas franckianos. La versión de Nielsen fue vibrante, con calor y cercanía, de propulsión muy marcada en lo rítmico, con *sforzandi* que eran auténticas zancadas, mas sin descuidar las entradas dulces ni la trabazón polifónica. En resumen: pasión del director, caras alegres en la orquesta y el público y un punto para quien programó una música tan bella e infrecuente.

JOAQUÍN MARTÍN DE SAGARMÍNAGA